



## Historia y comunicación social

ISSN: 1137-0734

 EDICIONES  
COMPLUTENSE<http://dx.doi.org/10.5209/hics.72278>

### Comunicación entre víctimas y victimarios de la guerra en Colombia: aproximación a agencias de cambio personal y social

Alba Shirley Tamayo Arango<sup>1</sup>

Recibido: 30 de enero de 2019 / Aceptado: 10 de febrero de 2020

**Resumen.** Los procesos de comunicación entre víctimas y victimarios, en el marco del conflicto armado colombiano, fueron instaurados por el Estado en el marco de la justicia transicional como requisitos para la demobilización, en una sociedad que busca salir de la guerra. No obstante, se trata de una comunicación acotada y a veces coaccionada, en detrimento de la libertad de las víctimas para exigir la verdad sobre los hechos atroces. Este trabajo se aproxima a las experiencias comunicativas de víctimas y victimarios, a través de entrevistas y conversaciones con integrantes de organizaciones civiles, que nos permiten evidenciar las diferencias entre la comunicación institucionalizada y aquella que es agenciada por los sujetos sin intervención del Estado.

**Palabras clave:** Comunicación; violencia; reconciliación; cambio social.

### [en] Communication between victims and victimizers of the war in Colombia: approach to personal and social change agencies

**Abstract.** The processes of communication between victims and victimizers within the period of the Colombian armed conflict, were instituted by the State in the framework of transitional justice as requirements for the demobilization, around a society that seeks to leave the war. However, it is a limited communication and sometimes coerced, to the detriment of the freedom of the victims to demand the truth about the atrocious facts. This work approaches the communicative experiences of victims and victimizers, through interviews and conversations with members of civil organizations, which allow us to show the differences between institutionalized communication and that which is managed by the subjects without the intervention of the State.

**Keywords:** Communication; violence; reconciliation; social change.

**Sumario:** 1. Introducción. 2. Metodología. 3. La verdad: vía para el encuentro entre opuestos. 4. Conversaciones y derivas: hacia el reconocimiento del otro. 5. Subjetividades que transitan fuera de los discursos de la guerra. 6. Simbologías constructoras de paz. 7. En busca de la reconciliación y el perdón. 8. Conclusiones. Bibliografía.

**Cómo citar:** Tamayo Arango, A. S. (2020). Comunicación entre víctimas y victimarios de la guerra en Colombia: aproximación a agencias de cambio personal y social. *Historia y comunicación social* 25(2), 481-490.

## 1. Introducción

La guerra ha marcado la experiencia de vida de sinnúmero de colombianos y colombianas. Desde los años sesenta, cuando se crearon los primeros grupos guerrilleros, la presencia de actores armados en los paisajes rurales fue convirtiéndose en parte de la vida cotidiana. Al finalizar los años ochenta se recrudece y complejiza la guerra, que toca a las ciudades, con la emergencia del narcotráfico y la irrupción formal (y hasta “legal”) del paramilitarismo: conjunto de grupos armados tolerados y apoyados por distintas fuerzas a instituciones del Estado (García, Revelo & Uprimmy, 2010), orientados por un ideal contrainsurgente.

En este escenario, la población civil no combatiente recibió en buena medida los impactos de las acciones armadas. Y los daños ocasionados fueron materiales, psicológicos, emocionales, sociales, culturales, morales y políticos. El dolor se instaló en la vida de la gente a raíz de las masacres, las muertes selectivas, la violencia sexual, la desaparición forzada, la persecución, el secuestro, el reclutamiento forzado, la tortura, el desplazamiento, el desarraigo y el despojo. Al dolor se sumó la indolencia, la impunidad y la negación de derechos; situaciones que han redundado en la creación de condiciones para la reproducción de la violencia, fundada en venganzas, retaliaciones, odios, rencores

<sup>1</sup> Universidad de Antioquia-Colombia.  
shirley.tamayo@udea.edu.co

y búsqueda de justicia por mano propia. Como bien señala el Informe del Centro Nacional de Memoria Histórica, “El carácter invasivo de la violencia y su larga duración han actuado paradójicamente en detrimento del reconocimiento de las particularidades de sus actores y sus lógicas específicas, así como de sus víctimas” (GMH, 2013:13).

En razón de ello, víctimas de la guerra se han movilizado en colectivo para buscar la verdad sobre los hechos atroces y lograr el reconocimiento institucional y social. Recorrido que ha conducido a la necesaria comunicación entre opuestos irreconciliables. La Ley 975 de 2005, Ley de Justicia y Paz, evidenció la demanda social acuciante de garantizar “los derechos de las víctimas a la verdad, la justicia y la reparación” (Diario oficial 45.980:1). Entonces, los intercambios comunicativos entre víctimas y victimarios se hicieron necesarios para la reincorporación individual y colectiva de los desmovilizados.

La investigación gira alrededor de las experiencias de comunicación entre ambos actores en contextos diferenciados.

## 2. Metodología

Los encuentros entre víctimas y victimarios paramilitares fueron obligados dentro de los procesos de justicia y paz. De este contexto, nos preguntamos por los procesos de comunicación<sup>2</sup> generados a la sombra de la institucionalidad, que pretendió buscar la verdad e instalar la reconciliación y el perdón en un espacio público y publicitado. Pero también, y sobre todo, nos centramos en encuentros realizados fuera del marco de lo jurídico, por iniciativa de los actores y que han generado transformaciones, vínculos y procesos relativos a la reconciliación y el perdón, desde perspectivas distintas y a veces opuestas a la institucionalidad.

Para ello, nos acercamos a la Asociación Caminos de Esperanza Madres de la Candelaria, movimiento social de víctimas que trabaja por la búsqueda de los desaparecidos dentro del conflicto armado desde el año 1999. Y a la Fundación Aulas de Paz, organización integrada por excombatientes del Bloque Central Bolívar, grupo paramilitar que ejerció control territorial en el Sur del departamento de Bolívar, Santander y una parte del Magdalena Medio antioqueño, desde 1998 hasta el año 2006, cuando se desmovilizan y se acogen a la Ley de Justicia y Paz.

Mediante revisión documental y realización de varias entrevistas en profundidad a seis miembros de cada organización, abordamos sus experiencias de comunicación, con el fin de comprender su contexto de enunciación (versiones libres en juzgados, entrevistas y encuentros en la Cárcel de Máxima Seguridad de Itagüí), y los efectos en los sujetos y en la sociedad.

## 3. La verdad: vía para el encuentro entre opuestos

Desde los años noventa, movimientos sociales de víctimas hicieron públicos los hechos atroces. Pero, es la Ley de Justicia y Paz en 2005 (escenario de justicia transicional para facilitar la desmovilización de autodefensas o paramilitares) la que comienza a dar prueba de verdad y reconocimiento a la voz de las víctimas en sus denuncias sobre los crímenes de lesa humanidad.<sup>3</sup>

Las versiones libres, llevadas a cabo dentro de la Ley de Justicia y Paz, permitieron

“develar muchas verdades sobre lo que aconteció con las víctimas, los perpetradores y las alianzas criminales. Así mismo, se han conocido atroces métodos empleados por los actores armados y miles de familias han podido hallar los cuerpos de seres amados buscados hasta el cansancio” (GMH, 2013:24).

No obstante, este escenario controlado por la jurisprudencia, algunas veces mediático, produjo versiones sobre los hechos que para las víctimas eran verdades recortadas. Los agresores debían hablar frente a personas que habían declarado ser víctimas<sup>4</sup> de hechos atroces en la temporalidad y el territorio donde ellos actuaron. Los relatos se transmitían a las salas de audiencias a través de una pantalla<sup>5</sup>, y las víctimas escuchaban. Esta comunicación mediada por

<sup>2</sup> Se asume la comunicación como proceso que involucre a los actores y su participación, su capacidad de decisión, la construcción de sentidos y propuestas y su pertinencia. Pues hablamos de la comunicación con miras al cambio social como un “proceso vivo” (Gumucio-Dagrón, 2010:38).

<sup>3</sup> Las víctimas eran citadas para dar prueba de verdad a los hechos mencionados por el versionado y corroborar la existencia del mismo. “Localizar en el lugar, en el territorio, en la experiencia personal o grupal el efecto de esta violencia hace parte de esta corroboración. En cierta forma, evidenciar los rastros de la muerte o de la violencia o del desplazamiento hace parte de lo que se podría denominar procedimiento de verificación” (CMH, 2012: 63).

<sup>4</sup> La “performatividad describe tanto los procesos de ser representados como las condiciones y posibilidades para actuar, y que no podemos entender esta operación sin ninguna de ambas dimensiones” (Butler, 2015: sp). Desde ahí, asumimos las categorías de víctima y victimario como formas fluidas e históricas, y no como esencias estáticas y/o paralizantes. Esto posibilita abordar las derivas donde aparecen sujetos que cambian y luchan por salir de la estigmatización. Hacemos referencia a víctimas y victimarios como entidades unidas por hechos dolosos pasados, en proceso de transformación. Aquí, los términos perpetrador y excombatiente incluyen la dimensión victimizante, que es evidente en el término victimario.

<sup>5</sup> “Este encuentro, así sea a través de una pantalla de televisión, puede ser una experiencia brutal. Las víctimas van llegando poco a poco durante la mañana. Algunas de ellas vienen de lugares distantes, no solo en el sentido geográfico del término, sino distantes en el tiempo recorrido desde la muerte de un ser querido. Muchos vienen en busca del cuerpo, del instante de su desaparición, de una explicación que ponga fin a ese trasegar por las mismas preguntas: “Quiero preguntarle al señor ¿porqué?, ¿Por qué asesino a mi hijo? ¿Qué le hizo para ser tratado así?”. De nuevo, vemos el intento de los familiares —entendiendo que es en la vida cotidiana donde los significados más humanos se construyen—, por dar sentido a una acción que no lo tiene” (CMH, 2012:51).

la tecnología resultaba agresiva para las víctimas. Había mucho de incomunicación en la predisposición de roles, ubicaciones y actuaciones dentro de la puesta en escena de las audiencias de la Ley de Justicia y Paz. Las víctimas, por lo general mujeres campesinas con escasa escolaridad, que habían perdido todo, necesitaban la corporalidad del agresor para hablar cara a cara, desafiar el propio miedo, preguntar, ver y sentir cómo era ese ser que algunas habían pensado como monstruoso (fuera de lo humano). La incertidumbre tanto tiempo vivida movilizaba la inquietud por el rostro del otro, que en tanto rostro resulta inaprehensible y desborda toda comprensión (Lévinas, 2000).

Mariana<sup>6</sup>, sobre la versión libre de alias El Alemán, paramilitar que actuó en el Urabá antioqueño, donde fue asesinado Eliseo, su esposo y padre de sus tres hijos, cuenta que:

—Al principio, me temblaban las piernas, yo entraba a esas salas de audiencias y... [...] ¡Yo era así, aterrada! ¿Este mandó matar a Eliseo? Y allá sentao, un hombrazo, ¡tan elegante! [...] Solamente se permitieron preguntas en el incidente de reparación. Donde la familia tenía el derecho o el deber de increparlos. [...] Eso fue una farsa, eso fue un fiasco...eso, ¡la mentira!

—¿Y fue frente a frente?

—No, recuerde que él se accidentó y estuvo entre la vida y la muerte. Entonces el abogado que tenía mi caso me dijo: se nos va a ir al traste esto. Y yo rece y rece porque si se moría anulaban todo el proceso. Todas nos pegamos por ahí de cualquier santo para que por lo menos estuviera allá, atrás de la pantalla. Pero todos los demás postulados estaban en la sala de la audiencia. Y entonces eran mis hijos antes de entrar: ¿Má, cuál es? ¿Má, cuál es? ¡Qué pesar mis muchachos! [...] Cuando lo increpan, porque ya tocaba el caso de él, yo salgo porque el juez nos dice: ¿tiene la familia algo que decir? Y yo le pregunto: ¿Por qué mató a Eliseo? Dijo que no lo conocía, que no sabía de ese caso...Entonces ahí se cerró el proceso mío...Mis hijos estaban derrotados, ¡la cosa más impresionante!... (Mariana, comunicación personal, 4 de mayo de 2018).

Las versiones libres fueron para las víctimas un mecanismo oficial rígido, que les generaba desconfianza, más cuando el objetivo principal consistía en escuchar la versión de los postulados con el fin de establecer una sentencia, enmarcada dentro de la justicia transicional.

En razón de lo anterior, organizaciones de víctimas, como la Asociación Caminos de Esperanza Madres de la Candelaria, se dieron a la tarea de crear otros espacios y otros procesos de comunicación para buscar la verdad sobre sus familiares desaparecidos en la guerra. Las visitas a las cárceles demandaban el diálogo directo con los excombatientes, fuera de los controles del poder judicial. La elocuente presencia de esa alteridad tanto tiempo pensada, odiada y anhelada, impactó a las Madres de la Candelaria, quienes confiesan que en principio sólo querían escuchar la verdad y nada más.

Al respecto, Constanza exalta en su relato la desconfianza que sentía en un principio con relación a quienes habían sido victimarios:

—Nos volvieron a llevar a otra cárcel la, la ...

—la de Máxima Seguridad de Itagüí...

—La de Itagüí. Allá nos daban almuerzo, nos dieron unos tamales. Y... ¡por Dios!, ¡¿qué tal que eso tenga veneno?! ¡¿qué tal que eso tenga...?! Bueno, nosotros nos comimos eso. En manos de Dios que eso no nos vaya a hacer nada. (Constanza, comunicación personal, 25 de abril de 2018).

Por su lado, a los excombatientes los encuentros con las víctimas les exigía armarse de un valor propio muy diferente al de la guerra: hablar de sí mismos en calidad de culpables frente a quienes habían sufrido las consecuencias de sus agresiones. Las versiones libres comenzaron la tarea de reconstruir la memoria de quienes habían actuado como victimarios, una *memoria acontecimiento* que en palabras de Mèlich es siempre una memoria inquietante, que provoca temor, pues se refiere a aquellos acontecimientos “que una vez han tenido lugar no es posible cambiar porque dejan una huella imborrable, una cicatriz” (Mèlich, 2010:162).

Camilo Andrés, quien fuera integrante del Bloque Central Bolívar, nos relata su experiencia con las versiones libres:

—Al principio muy temeroso porque uno mismo tiene que acusarse de tantos hechos que uno ha hecho, y que ya..., que no sé qué más [...] Eso es muy duro, y psicológicamente muy...muy azaroso. Uno acusase uno mismo, y saber que uno está hablando vulgarmente es de homicidio. Estoy acusándome, echándome la culpa... y fue uno y fue otro y tantos homicidios y... uno embarrándose [...] yo contale a usted cómo le maté a su familia, con qué se la maté...No, eso es grave. (Camilo Andrés, comunicación personal, 10 de mayo de 2018).

La comunicación mediada por la institucionalidad, está atravesada por controles y códigos que impiden su fluidez. En las narraciones de ambos actores queda la claridad de que siempre faltaba la posibilidad del conoci-

<sup>6</sup> Todos los nombres son cambiados por seguridad de los actores que han estado involucrados, como víctimas o como victimarios, en la guerra.

miento de ese otro que movilizaba la inquietud, la curiosidad, la incertidumbre, el miedo, el desasosiego... Ese otro requerido para construir nuevos sentidos de la existencia, a partir de una verdad propulsora de cambios en lo personal y en lo social, tanto para las víctimas como para quienes fueron victimarios. No se habla entonces de una verdad única y cierta, sino de una verdad que emerge de las derivas de la conversación, que se va edificando en conjunto, con efectos sobre cada uno, ya que la conversación se ofrece desde la dádiva de sí mismo para el otro.

#### 4. Conversaciones y derivas: hacia el reconocimiento del otro

De acuerdo con Humberto Maturana (1988, sp), nos coordinamos de manera consensual en el uso del lenguaje, que confluye con lo emocional en las conversaciones, que son por excelencia el escenario de lo humano, pues todas las actividades humanas ocurren como conversaciones o como redes conversacionales.

Desde esta perspectiva, el lenguajear constituye lo humano. Entonces, la necesidad de encontrarse con el otro diferente: el que aparece en la historia de la víctima como el victimario y el que como una sombra culposa está en la vida de quien hizo el daño, surge de la fuerza de la resiliencia tanto individual como colectiva, que trata de coser los hilos rotos de las relaciones humanas. Fuerza que traza como objetivo el encuentro en la conversación, en tanto permite construir un nuevo tejido de emocionalidades y racionalidades en torno al vivir juntos, compartir un territorio, un horizonte vital, donde, al menos, esté abierta la posibilidad y la capacidad de mirarse el rostro y hablar. Se trata entonces de hallar la singularidad de la vida expresada en el rostro (Lévinas, 2000: 71) del que en su misma lejanía conmina a una responsabilidad desde la ética, como encuentro entre desiguales.

Para las mujeres víctimas asumir el riesgo de estar frente a frente con el perpetrador del daño, exige la valentía de encarar la verdad sobre los acontecimientos, la fortaleza mental y física de asumir realidades de algún modo negadas, pero también el reto que implica la situación de escucha atenta de eso otro ajeno y próximo, que empuja a ir más allá de la instrumentalización de la entrevista, para rebasar las propias búsquedas.

Esta valentía caracteriza a las Madres de la Candelaria, quienes han generado espacios de posibilidades para la construcción de víctimas activas en lo social y lo político, sujetos propositivos que buscan desplegar sus capacidades, rebasando el concepto legal de víctima establecido en la Ley 1448 de 2011, como categoría que define las personas que han sufrido daños catalogados como violaciones graves y manifiestas a los Derechos Humanos a partir de 1985; o bien, los conceptos de víctima que engloban prejuicios estigmatizantes, como pasivas, demandantes y hasta causantes de los daños recibidos.

Las acciones políticas colectivas, las solidaridades en el dolor y también en la búsqueda de salidas para trascenderlo, han fortalecido a las mujeres que un día se pensaron como víctimas desde el discurso de la piedad o el asistencialismo. El movimiento social les ha abierto el horizonte de vida hacia la generación de subjetividades situadas en el momento histórico de un presente siempre en construcción (Zemmelman, 2012). De ahí que hayan enfrentado sus propios miedos y prevenciones, para plantearse la comunicación directa con quienes fueron paramilitares o guerrilleros. En esta tarea, el discurso colectivo apuntala la acción que moviliza a las mujeres y las resguarda en lo grupal para arriesgarse a exponer su presencia: su corporalidad y su palabra en las cárceles, lo que jamás harían a título personal y en solitario.

Fue así como comenzaron los encuentros con excombatientes, primero de manera tímida y muy enfocada en sus necesidades. Luego vino la continuidad no prevista de las visitas a la Cárcel de Máxima Seguridad de Itagüí, lo que fue creando un ritual de encuentros que ellas mismas terminaron anhelando, a los que aportaban según su disposición física, emocional, afectiva y hasta económica. Los jóvenes se comprometían a la búsqueda de información durante la semana, y los días de visita ellas llegaban con la esperanza de que hubiese una luz para el desasosiego de alguna de ellas. Los tiempos dentro de la Cárcel se prolongaban y ellas participaban de actividades que las integraban. Así derivó la búsqueda de la verdad en conversaciones personales donde las narraciones fueron develando otros seres, divergentes casi por completo de aquellos que habían sido imaginados por ambas partes.

El devenir de la relación entre víctimas y victimarios evidencia un camino que va de la repulsión a la aceptación. Como lo expresa de manera sincera Constanza:

[...] Y entonces ... así jugando se tenía que abrazar con el otro, o cogerse de la mano, que ellos nos abrazaran a nosotras. Y yo, cuando ese hombre me iba a... él no me cogió [el que le han dicho secuestró y asesinó a su hijo y su marido]... me cogió fue otro, pero uno de todas maneras sabe que esa gente tiene esas manos muy manchadas, entonces a mí me daba como ese fastidio que ese hombre me tocara, con esas manos manchadas de sangre, tocar mi cuerpo... [gira su rostro con expresión de rechazo] (Constanza, comunicación personal, 25 de abril de 2018).

Es así que el otro, con su diferencia radical, aparece “en el horizonte de comprensión que nos sostiene y conmueve el sistema que sustenta este horizonte” (Ruíz, 2009: 1). Resitúa en el mundo porque lleva hasta el límite las propias seguridades. El rechazo que ocasiona la figura del agresor evidencia el peligro y la amenaza con la que se asocia; sin mediación de la interlocución se hacen atribuciones, que escudan y mantienen brechas de separación. Se erige así el

monstruo, el salvaje, el bárbaro, para distanciarlo del lugar central que cada uno se atribuye. Pero las afirmaciones respecto a los actos del otro, que han transformado la existencia de las víctimas en un dolor permanente, se convierten en preguntas, como lo expresa María:

Yo lo miraba, yo pensaba: qué pensarán esta gente cuando llegan, cogen una persona, y la doblagan, la tienen en el poder de ellos, que hacen con ella lo que quieran. Y todavía, otra cosa, saber que los descuartizan, que les cortan una mano. ¿Qué piensan esta gente? ¿Será que no tienen familia? ¿Será que no les duele la familia de ellos? ¿O qué pasará? (María, comunicación personal, 23 de mayo de 2018).

Pero, al con-versar, es decir, al *cum-versare*, dar vueltas con otro (Maturana, 1988), se producen derivas orientadas a la emergencia de negociaciones consigo mismo sobre lo cierto y lo conocido, y negociaciones con el otro que van deshaciendo las atribuciones y las negaciones que lo acallan. Se forma un tejido de palabras en el que afloran nuevos sentidos, distintas formas de verse en relación con ese ser que cambia la mirada y el sentir. La comunicación, en tanto puesta en común de subjetividades contextualizadas, cargadas de memoria, es proceso de transformación. Así lo dejan claro las Madres de la Candelaria al visitar de nuevo lo vivido en la Cárcel de Máxima Seguridad de Itagüí. Allí, la comunicación con los excombatientes pasó de las verdades de la guerra, a las preguntas por las trayectorias vitales y los sentires personales.

Gabriela narra su experiencia de una comunicación que le permitió comprender el lugar de ese otro que antes estaba tan distante:

Me gusta hablar con ellos. [...] Fuimos a presentar la obra de teatro allá, y ellos lloraron y se agacharon viendo esa obra de teatro que nosotros hacíamos. Nosotros haciendo esa demostración que nos tocó... Cuando nos tocaba esa violencia que era tan horrible que... pues, se tenía hasta que meter debajo de la cama en esas balaceras. Y ellos se ponen a llorar y miran dizque así (con el rostro entre las manos), les corren las lágrimas y lo abrazan a uno. Un muchacho me abrazaba y me abraza y me pedía que le perdonara, que le perdonara que ellos también muchas veces... por eso uno no debe juzgarlos a ellos, porque son personas muchas veces obligados, que ellos le han llegado a contar a uno, que a ellos les ponen unas pruebas, que si ellos son capaces... de... de cuando se meten a eso tienen que comprobar si son capaces de matar hasta la mamá... y... y si no, los matan a ellos. ¡Imagínese qué tanto miedo le tiene uno a la muerte, que a lo que se tiene que comprometer!... (Gabriela, comunicación personal, 25 de mayo de 2018).

Estas experiencias evidencian que la subjetividad se expresa en la intercomunicabilidad, que, como bien afirma Paulo Freire (1973), es la característica primordial de este mundo cultural e histórico. Las experiencias de comunicación entre Madres de la Candelaria y excombatientes, pertenecientes a la Fundación Aulas de Paz, modifican la perspectiva conflictiva de la comunicación vinculada al marco de la guerra, donde víctimas y victimarios son figuras opuestas, distintas y distantes, en un imaginario colectivo que se mantiene con terquedad más allá de procesos de memoria y de pacificación.

Las interacciones entre estos hombres y mujeres, en las que comparten diálogos, risas y pesares, comunicaciones emotivas y racionales, han orientado la comunicación hacia la fluidez de la comprensión de los cambios que devienen en uno y otra según las variaciones de los momentos y las experiencias de vida. La intercomunicación genera entonces narrativas emergentes impensadas por sujetos que son transformados por ellas mismas. Narrativas que devuelven a la cultura colectiva transformaciones poderosas, encarnadas en la acción y la palabra de sujetos que un día estuvieron envueltos en el escenario de la guerra y que hoy se reconocen en su propia historicidad.

## 5. Subjetividades que transitan fuera de los discursos de la guerra

La lógica de la guerra se adentra en la vida cotidiana de los pueblos y forma parte de ellos. La gente convive y se adapta a rutinas donde lo extremo y lo extraordinario es habitual. Sin embargo, la inconformidad respecto a las condiciones de vida está siempre presente, y los ejércitos paramilitares aprovechan estas situaciones para sumar jóvenes a sus filas. Los argumentos giran alrededor del sentido de injusticia, venganza por lo sufrido a manos de las guerrillas, o bien la búsqueda de oportunidades personales en un universo militar, que en las zonas aisladas donde no hay presencia estatal, ha sido asociado a cierta legalidad.<sup>7</sup>

Los ejércitos captan jóvenes, entre ellos campesinos, desplazados, sin opciones de estudiar, sin fuentes de empleo, o con inconformidades múltiples que crean un pozo de rencor: jóvenes que pueden contemplar en las armas, con las que han estado familiarizados desde su infancia, una salida. Por lo general son otros jóvenes los que inducen a entrar al grupo paramilitar. Modus operandi característico tanto de autodefensas y guerrillas. Los

<sup>7</sup> “El paramilitarismo como estrategia contrainsurgente en Colombia ha sido una política de Estado, no ha sido un hecho aislado o coyuntural, ha correspondido a una ideología de terrorismo de Estado con sus naturales variaciones dependiendo de las circunstancias de cada momento” (Velasquez, 2007: 137).

reclutadores se encargan de convencer y orientar a los aspirantes. Al respecto, Martín, excombatiente del Bloque Central Bolívar, cuenta que:

Antes de entrar le cuentan a uno maravillas...Me contaban: no parece, vea, allá le dan un sueldito a uno, allá vamos a vivir bien, que...¿si me entiende? [...] Le decían vamos a luchar contra el enemigo y todo, nos van a dar una bonificación, ¿si me entiende? Vamos a combatir el enemigo, a la guerrilla...A mí me dijeron preséntese en tal parte y yo fui a esa parte. En Puerto López, eso es un pueblito muy adentro, donde no hay ley, la ley son ellos. [...] Llegamos como 45 muchachos. (Martín, comunicación personal, 11 de mayo de 2011).

No obstante, las ideas que cada quien se había construido respecto al grupo armado se iban modificando a medida que se adentraban en los procesos de acción en el territorio. Cuando Martín vivió la experiencia del primer combate su percepción se modificó:

La primera vez muy tenaz, mucho miedo. Yo decía: no, yo me salgo de aquí. Decía yo, no, esta no es mi vida. ¿Si me entiende? Pensaba muchas cosas, pensaba en mi familia, que de pronto me fueran a matar por allá, porque había compañeros que...los mataban y...y, como se dice, los compañeros quedaban tiraos por allá. Yo pensaba, esto no es lo mío. Pero...pero, no me podía salir, tenía que dejar pasar un tiempo... (Martín, comunicación personal, 11 de mayo de 2011).

El crecimiento de los grupos paramilitares condujo a la ampliación de su poder en mayor número de territorios, pero también a la generación de nuevos mandos, no siempre coordinados. Uno de los jefes, Ramiro, habla del desbordamiento cuando narra que:

Empezó a llegar todo tipo de gente. Eso no hubo tiempo de depurar. Ahí fue donde más problemas se presentaron, desmanes, atropellos contra la población civil. Los controles no se tenían. Es que la cantidad de hechos que hemos tenido que aceptar, de los que no teníamos ni la menor idea...masacres, violaciones...¡impresionante! Es que las características de los grupos de autodefensa eran muy distintas. Esto era una federación de grupos de autodefensa, cada uno con sus propios principios políticos e ideológicos, su modus operandi distinto, autónomos y con toda la autoridad dentro de los territorios. Entonces... Lo único que nos unía era ese deseo de combatir la guerrilla, ese propósito, la lucha antisubversiva. Pero realmente no hubo así una identidad. (Ramiro, comunicación personal, 5 de marzo de 2018).

En estos ejércitos, los sujetos alimentaban la idea de exterminio de la subversión siguiendo el objetivo de búsqueda del bien común. Sin embargo, ellos mismos resultaron ser agentes de actos atroces contra la población civil, de los que comenzaron a conocer la profundidad de las consecuencias mediante las versiones libres.

Cuando se propone desde el gobierno central la desmovilización de las autodefensas, gran parte de los jefes y de los combatientes acogieron la propuesta de negociación, ya que se había puesto sobre la mesa la dejación de armas a cambio de una inserción social sin pago de penas. Muchos de ellos se encontraban en una situación de agotamiento en relación con la dinámica de la guerra, por lo que esa fue una oportunidad para la desvinculación. Luego vino la justicia transicional que impuso la privación de la libertad.

A pesar de compartir los espacios y los tiempos de la guerra, fue a lo largo de los procesos de privación de la libertad que se dieron las condiciones para que los integrantes de estos grupos interactuaran, se conocieran y supieran quién era cada cual. Entonces tomaron consciencia que el sujeto combatiente es un sujeto cosificado. Como pieza del engranaje de la guerra, su función está centrada en el combate del enemigo, en la demostración de poder a través de las armas, en la estrategia de permanencia de la guerra. Entrar a los ejércitos paramilitares significa pasar a ser un alias, un código, un cuerpo con una identidad sin historia. No hay conversación posible, hay órdenes, demostraciones de valentía masculina. Los combatientes están regidos por una estricta jerarquía, donde las estrategias vienen desde lo alto de la pirámide.<sup>8</sup> La comunicación es solo información escueta, sin lugar a preguntas o explicaciones sobre la realización de las acciones.

Fue en la Cárcel donde se conocieron los nombres y las historias de hombres que antes eran meros códigos, se supo que tenían una familia y que también amaban y eran amados. Comenzó allí otra dinámica muy lejana a la de la guerra, donde también se desdibujó la construcción que se había hecho del enemigo, como lo narra Ramiro, jefe del Bloque Central Bolívar.

Inicialmente sí había desconfianza [con los guerrilleros], pero...tuvimos la oportunidad de conversar y no estábamos tan distanciados ideológicamente, y nuestros sueños son muy parecidos y el país que soñamos es muy parecido... (Ramiro, comunicación personal, 5 de marzo de 2018).

<sup>8</sup> La guerra en Colombia se caracteriza por ser irregular: las estrategias quedan por lo general ocultas, se requiere "un aprendizaje continuo entre los guerreros en cuanto al manejo de la información. Tácticas y maniobras distractivas o dilatorias, desinformación sistemática, y un creciente virtuosismo en el manejo de los recursos de la guerra psicológica, una mediatización creciente, han sido las pautas" (Cubides, 2008,2).

En la cárcel se conocieron los integrantes y sus familias. Orlando afirma que:

El noventa por ciento... uno no le sabía los nombres a la gente, porque era el alias, ni uno a ellos y ellos mucho menos a nosotros. Entonces empezamos ...venga, regáleme su nombre. ¿Y pa qué?...[muchos habían vuelto a delinquir]. [...] Reconstruir la verdad es lo más difícil, porque si tenías cien hombres: dígame cómo se llaman los cien y...y ¡en estas estructuras! (Orlando, comunicación personal, 8 de marzo de 2018).

En la cárcel el reto fue reconstruir la propia vida, por sí mismos, generando una consciencia colectiva opuesta a lo ya conocido. Pues, los entrevistados expresan que el gobierno colombiano no tuvo ni tiene una propuesta clara de reinserción de excombatientes, no hay voluntad política ni inversión. Razón por la que muchos vuelven a delinquir en otros ejércitos, al no encontrar medios, caminos, ni alicientes para retornar a la vida civil.

Sin embargo, la certeza del daño irreparable y el dolor permanente que deja la guerra impulsó a Ramiro y Orlando a lograr nuevas opciones de vida para los excombatientes que estuviesen decididos a cambiar. Entonces, buscaron ayuda con instituciones que visitaban la Cárcel. Con el apoyo de la Universidad Santo Tomás crean una propuesta pedagógica para la construcción de paz en el país. El trabajo dio como resultado la Fundación Aulas de Paz.

La comunicación continua con las Madres de la Candelaria, los efectos de su presencia y su palabra, también impulsaron cambios que condujeron a la ayuda mutua para construir caminos hacia la reconciliación a través de la verdad, el respeto y el reconocimiento del otro.

## 6. Simbologías constructoras de paz

Partimos del hecho de que “la comunicación, antes que nada, es un proceso social articulado en torno al fenómeno de compartir, de poner en común, de vincular” (Rizo, 2006:46). Entonces, la comunicación interpersonal es fundamental para la construcción de sentidos comunes, que proporcionan razón de ser a interpretaciones y argumentaciones.

Para los excombatientes, la elaboración de un discurso de transformación de las argumentaciones que le dieron sentido a su participación en las dinámicas de la guerra, pasa por acciones simbólicas, polivalentes e intersubjetivas que los encaminan como sujetos y como grupo hacia la construcción de paz, mediante la proyección de sus vidas fuera de la guerra.

En el marco de este propósito, surge la necesidad de generar un trabajo de deconstrucción de estigmas asociados a la participación en la guerra y de construcción de vínculos que enriquezcan las motivaciones para permanecer en la legalidad. La llegada de las Madres de la Candelaria a la Cárcel de Máxima Seguridad abrió horizontes en ese sentido. Se fue estableciendo el vínculo víctimas-victimarios como sujetos interdependientes. De ahí, los excombatientes afirman que las razones para trabajar por un desarme real y psicológico fueron reforzadas por el poder de las víctimas. Los líderes de la Fundación Aulas de Paz se enfocaron en la toma de consciencia y en la comprensión de la importancia que tenía la presencia de las víctimas en la Cárcel, pues, como afirma Ramiro:

“cuando uno tiene la posibilidad de estar frente a una víctima entiende la magnitud del daño que se hizo, del dolor que se generó, que se le ocasionó a otra persona...Y eso lo sensibiliza a uno, lo compromete mucho más...” (Ramiro, comunicación personal, 8 de marzo de 2018).

Es sabido que, “‘la dimensión simbólica de la existencia humana’ nos coloca frente a una gramática de la amistad y la compasión. Dicho clara y brevemente: una ética del símbolo se concreta, pues en la *amistad* y, más concretamente, en acompañamiento en el dolor” (Melich, 2000:121). En la Cárcel, el uso de simbologías orientadas hacia la reflexión fue una de las herramientas clave en los procesos de comunicación entre víctimas y excombatientes. La realización de actividades cargadas de metáforas tenía como fin suscitar el análisis de la propia existencia entre los excombatientes, situarlos en perspectiva en relación a su pasado y su futuro. Ejemplo de ello fue la búsqueda a tientas del camino correcto trazado en el suelo del patio de la Cárcel. La solidaridad aparece, las Madres de la Candelaria participan de manera activa, lo que supone quiebres radicales en hombres que se han identificado a sí mismos con una masculinidad fuerte y dura. Escuchar a las víctimas animando a cambiar de camino, sentirse vulnerable, guiado, entregarse al criterio de quienes podían ver, iba marcando nuevos hitos, experiencias sentidas que los transformaban como sujetos.

Para ambos, Madres de la Candelaria y excombatientes de Aulas de Paz, el reto comenzó cuando se vieron obligados a quebrar las distancias a través de la conversación. Las simbologías se fueron cruzando y tejieron lazos de proximidad entre mujeres y hombres. La construcción conjunta, del que ambos llamaron el árbol de la vida, trajo la necesidad de hablar para solucionar problemas específicos. El trabajo manual dio lugar a momentos de conversación donde surgieron temas como los hijos e hijas, las familias, las trayectorias de vida, las condiciones materiales y emocionales, los deseos y los proyectos. La confianza fue creciendo a la par que los vínculos, en un trabajo temporal que echaba raíces hacia el futuro.

La narración de las experiencias de vida dentro de la Cárcel dieron cuenta de sufrimientos de los agresores, que las víctimas pensaban inexistentes. Entonces, los límites, en apariencia tan bien definidos entre víctimas y victima-

rios, se diluían en algunos tramos de las narraciones. Las victimizaciones podían generar víctimas, pero también victimarios. Quedaba claro así que las violencias formaban territorios e historias comunes, que no permanecían fijas. Por otro lado, las conversaciones habían iluminado otros espacios: para ambos aparecían las preguntas por las rutas a transitar para salir del dolor, acabar con los resentimientos y los pesares, y por fin construir una vida distinta. Las narraciones iban construyendo nuevos significados sobre quien narra y sobre los acontecimientos, puesto que

La persona, entendida como personaje de relato, no es una identidad distinta de sus experiencias. Muy al contrario: comparte el régimen de la identidad dinámica propia de la historia narrada. El relato construye la identidad del personaje, que podemos llamar su identidad narrativa, al construir la de la historia narrada. Es la identidad de la historia la que hace la identidad del personaje (Ricoeur, 1996: 147).

Las mujeres, al narrar las experiencias que quebraron sus trayectorias de vida, se construyen de nuevo frente quien pudo haber sido el destructor de otras vidas como la suya. Las narraciones se entrecruzan, porque de alguna manera lo que uno dice se refleja en otros seres, próximos o no, que configuran una narración más amplia. Es así que se enriquecen las percepciones, se transforman las maneras de verse como víctima y de asumirse como tal, o de verse como excombatiente para pasar a ser un sujeto que comprende a la mujer que habla de su dolor. Todo esto genera “una identidad desde la alteridad, en la alteridad y para la alteridad. Una identidad que entiende que la diferencia con el otro es deferencia” (Mèlich, 2010: 137).

En este orden de ideas, la palabra de aliento de una madre desconocida que busca a su hijo desaparecido, resulta ser la simbología de la propia madre que alienta a continuar con la lucha por permanecer fuera de las armas y los grupos al margen de la ley. Y para la madre, la cercanía de ese joven que alguna vez pudo haber hecho tanto daño, pero que manifiesta su agradecimiento, su consideración y su arrepentimiento, simboliza la transformación, de un muchacho que de algún modo encarna al hijo.

## 7. En busca de la reconciliación y el perdón

Desde la perspectiva que propone Jankélévitch (1999), asumimos el perdón como imperativo del sujeto. Deber ser que presupone una voluntad, una labor y unas condiciones. De ahí que las conversaciones entre víctimas y victimarios constituyan mediaciones que agencian posibles cambios.

Lejos del perdón administrativo y político, construido por los Estados en momentos de transición del conflicto a la paz, nos situamos en el perdón personal, natural, y atípico, construido por las víctimas de la guerra. Pues, el perdón político se adueña de la capacidad de perdonar de los ciudadanos, toma su voz y en nombre de ellos confiere indultos, amnistías y realiza procesos de paz. En otras palabras, los gobiernos hacen uso de este valor para desviar u omitir el curso ordinario de la justicia (Derridá, 2003), lo que puede establecer condiciones para la impunidad.

Desde la perspectiva de la Ley de Justicia y Paz, el perdón construido benefició a los excombatientes y al Gobierno colombiano, pero no a quienes sufrieron la guerra, ya que las víctimas, instrumentalizadas por el Estado, son inhibidas para intervenir, cuestionar, exigir, es decir, no se les permite ser sujetos activos en los escenarios de justicia transicional. En últimas, cada víctima es revictimizada por un Estado que la reduce, y que es incapaz de ponerla en el centro del proceso.

Por su parte, el perdón personal tiene relación con la llamada “reserva moral del ser humano”, que no es otra cosa que la dimensión propia de cada individuo que le permite pensar, sentir, y por supuesto, perdonar (Elhart, s.f: 5). Dimensión que escapa de las lógicas penales, legales, y políticas, y que hace parte de la libertad propia del ser humano. Perdón auténtico, capaz de perdonar lo imperdonable y lo imprescriptible (Derridá, 2003), como los crímenes de lesa humanidad; perdón que aparece como acontecimiento liberador (Jankélévitch, 1999) y sanador, transformando la propia vida.

Podemos afirmar que las Madres de la Candelaria modificaron y adaptaron el perdón propuesto por el Estado, a partir de sus experiencias de conversación con quienes fueron victimarios. No se trata entonces de un hecho colectivo en sí, es claro para ellas que se trata de un trabajo y un proceso personal, pero la Asociación como entidad le apuesta a la reconciliación, como capacidad de encarar retos comunicativos de exigibilidad ante un Estado ausente y en algunas ocasiones agresor, y al perdón, como reto de sujetos pertenecientes a una sociedad que requiere una profunda transformación.

Si bien, la proximidad entre perpetradores de hechos atroces y víctimas, en la Cárcel de Máxima Seguridad de Itagüí entre los años 2008 y 2012, produjo verdades que posibilitaron el hallazgo de más de ochenta cuerpos de familiares desaparecidos, hubo otros resultados, en principio, inesperados, que surgieron a partir de la comprensión y la inteligibilidad que facilita la conversación. Procesos de comunicación que tejieron procesos de reconciliación, donde la mediación del estado estaba ausente. Reconciliación que, a través del contacto directo, fomenta, “la restitución de la integridad de las víctimas y un camino de reconstrucción psicosocial con sus experiencias de sufrimiento y resistencia” (Bueno, 2006, p.67).

La apertura a la comunicación permitió a las mujeres trascender rencores, rabias y dolores, tanto tiempo contenidos, que alimentaban su desesperanza y sus afecciones físicas. Los hombres, por su parte, pudieron saldar cuentas

con sus pasados, comenzar el perdón de sí mismos y la comprensión de las propias acciones para sanar las heridas de la culpa recurrente. Las Madres agencian su vulnerabilidad (Butler, 2015:sp), en tanto madres dolientes, pero también amorosas, para transformar la realidad de quienes fueron victimarios. Camilo Andrés cuenta al respecto:

Quando una víctima también lo coge a uno: mijo, pero yo sé que usted se equivocó. Porque eso lo desarma más a uno, eso lo desarma. ¡Ay sí!...Eso es lo más duro, en el sentido del cargo de conciencia. Cuando dicen yo lo perdono... ¿Cómo qué le va responder uno? Eso lo debilita a uno, le ayuda a recapacitar más las cosas. (Camilo Andrés, comunicación personal, 10 de mayo de 2018).

En las voces de las Madres de la Candelaria el perdón es un deber necesario, que requiere construirse con la alteridad más radical: el otro que ha sido deshumanizado por los imaginarios y las narraciones de la guerra. Trabajo que rompe prejuicios que impiden a los sujetos fluir en sociedad.

Los acercamientos entre víctimas y quienes fueron victimarios posibilitan el desarrollo de una cultura de paz, fundada en el valor de la comunicación, que permite vernos en el otro, conocernos y reconocernos. Diálogos y conversaciones entre opuestos son fuente de aprendizajes en el contexto del postacuerdo que vive el país. Incitan a quienes los escuchan a reflexionar sobre la necesidad de introducir en la cotidianidad el lenguaje de la reconciliación y el perdón, un perdón auténtico, que siguiendo a Derrida, es aquel perdón capaz de perdonar lo imperdonable y capaz de inducir la confesión de lo inconfesable.

## 8. Conclusión

La aproximación a procesos de comunicación entre mujeres víctimas y hombres victimarios parte de un conocimiento previo, que ha posibilitado conocer transformaciones en la vida de los sujetos. De un lado, las mujeres de las Madres de la Candelaria han construido una subjetividad política en torno a la categoría de víctima, a partir de su pertenencia al movimiento social. Del otro, hombres excombatientes se unieron en la Cárcel en torno a la idea de reorientar sus vidas fuera de la violencia y formaron la Fundación Aulas de Paz, donde participa un número significativo de integrantes del desmovilizado Bloque Central Bolívar de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), generando así una subjetividad política en torno a la pedagogía para la paz.

De la confluencia de estos dos mundos, surgieron narraciones que crearon vínculos, mutaron prejuicios de ambos lados y mostraron la necesidad de ayudarse mutuamente para crecer. La conversación, pilar fundamental de esta experiencia, conduce a la reflexión sobre los significados propios y comunes, resolviendo diferencias mediante el entrelazamiento de lo racional y lo emocional. Se gestan así procesos que tienen su raíz en la esfera personal, íntima, pero que trascienden y tienen impacto colectivo, público. Comunicación de naturaleza transformadora, en busca de la reconciliación y el perdón, en una sociedad como la colombiana, donde el conflicto armado aún se encuentra vigente.

## Bibliografía

- Freire, P (1973). *¿Extensión o Comunicación? La concientización en el medio rural*. México, Ed. Siglo XXI y Tierra Nueva.
- García, Revelo y Uprimny (2010). *Y Refundaron la patria...De cómo mafiosos y políticos reconfiguraron el Estado colombiano*. Bogotá, Debate.
- Jankélévitch, V (1999). *El Perdón*. Barcelona, Seix Barral.
- Lévinas, E. (2000). *Ética e infinito*. Madrid, La balsa de la Medusa.
- Mèlich, J. (2010). *Ética de la Compasión*. Barcelona, Herder.
- Ricoeur, Paul (1996). *Sí mismo como otro*. Siglo XXI Editores, Madrid.

## Cibergrafía

- Bueno, M. (2006). La reconciliación como un proceso sociopolítico. Aproximaciones teóricas. Reflexión Política. Año 8 N° 15 JUNIO 2006 Bogotá, IEP - UNAB (COLOMBIA), pp. 64-78 En: [http://colombiaaprende.edu.co/html/mediateca/1607/articles-168269\\_archivo.pdf](http://colombiaaprende.edu.co/html/mediateca/1607/articles-168269_archivo.pdf)
- Butler, J. (2015). "Repensar la vulnerabilidad y la resistencia". Conferencia impartida el 24 de junio de 2015 en el marco del XV Simposio de la Asociación Internacional de Filósofos (IAPh), Alcalá de Henares. <https://www.youtube.com/watch?v=hEjQHv0R6rQ>
- Centro de Memoria Histórica (2012). *Justicia y Paz ¿Verdad Judicial o Verdad Histórica?* Colombia, Taurus, Semana, Centro de Memoria Histórica. En: [http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2012/verdad\\_judicial\\_verdad\\_historica.pdf](http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2012/verdad_judicial_verdad_historica.pdf)

- Cubides, F. (2008). Colombia: las lógicas de la guerra irregular y la resistencia civil. Polis 19 URL: [http:// polis.revues.org/3835](http://polis.revues.org/3835) o <https://journals.openedition.org/polis/3835>
- Derridá, J. (2003). *El siglo y el perdón. Fé y Saber*. 1º edición. Buenos Aires, Ediciones del Flor. En: <http://www.lecturasinegoismo.com/2018/11/el-siglo-y-el-perdon-jacques-derrida.html>
- Diario Oficial 45.980. (2005) Ley 975 de 2005, Ley de Justicia y Paz. En: [https://www.cejil.org/sites/default/files/ley\\_975\\_de\\_2005\\_0.pdf](https://www.cejil.org/sites/default/files/ley_975_de_2005_0.pdf)
- Elhart, R. (2004). El perdón puro según Jacques Derridá. Análisis y Consideraciones. Pensamiento Penal. Vol. 39, pp. 1-6. En: [www.pensamientopenal.com.ar/system/files/2017/08/doctrina45600.pdf](http://www.pensamientopenal.com.ar/system/files/2017/08/doctrina45600.pdf)
- Gumucio Dagron, A. (2012). Comunicación para el cambio social: clave del desarrollo participativo. Signo Y Pensamiento, 30(58), 26-39. En: <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/signoypensamiento/article/view/2454>
- Grupo Memoria Histórica. (2013) *¡Basta Ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional. P. 13. <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2013/bastaYa/basta-ya-memorias-guerra-dignidad-new-9-agosto.pdf>
- Maturana, H. (1988). Ontología del conversar. Revista Terapia Psicológica. Año VII N°10, Santiago de Chile. <https://es.scribd.com/doc/118512201/Maturana-Humberto-Ontologi-a-del-conversar>
- Mèlich, J. (2000). El fin de lo Humano. ¿Cómo educar después del holocausto? Enrahonar, 31. Universitat Autònoma de Barcelona, pp. 81-94. En: <https://ddd.uab.cat/pub/enrahonar/0211402Xn31/0211402Xn31p81.pdf>
- Rizo, M. (2006). La interacción y la comunicación desde los enfoques de la psicología social y la sociología fenomenológica. Breve exploración teórica. Anàlisi 33, pp. 45-62. En: <https://ddd.uab.cat/pub/analisi/02112175n33/02112175n33p45.pdf>
- Ruíz, C (2009). La alteridad. México, Revista Casa del Tiempo, pp. 99-101. En: [http://www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/25\\_iv\\_nov\\_2009/casa\\_del\\_tiempo\\_eIV\\_num25\\_99\\_101.pdf](http://www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/25_iv_nov_2009/casa_del_tiempo_eIV_num25_99_101.pdf)
- Unidad de Víctimas (2011). Ley 448 de 2011. Ley de Víctimas. En: <https://www.unidadvictimas.gov.co/sites/default/files/documentosbiblioteca/ley-1448-de-2011.pdf>
- Velázquez, E (2007). Historia del paramilitarismo en Colombia. História, Sao Paulo, vol. 26, n° 1, pp. 134-153. En: <http://www.scielo.br/pdf/his/v26n1/a11v26n1.pdf>
- Zemmelman, H (2012). Sujeto y Subjetividad: la problemática de las alternativas como construcción posible. Revista de la Universidad Bolivariana, vol. 9, n° 27. En: <https://scielo.conicyt.cl/pdf/polis/v9n27/art16.pdf>